

(Sección fiestas.)—VARGAS PONCE se queja amargamente del poco cuidado de los cartagenos con sus obras de arte, afirmando que con piedras de la Torre Ciega se construyeron pavimentos y un anteoportal de la plaza de la Merced: "Lástima grande que siempre venga enlazada a Cartagena, con los memorias de su esplendor pasado, un punzante recuerdo de barbarie." (Manuscrito citado.)

(13) En todos los autores las obras citadas. Resúmenes de esta cuestión pueden verse en CASAL, "Cartagena durante la dominación romana", Conferencia Cartagena 1928, pág. 25, y "La Torre Ciega", loc. cit. passim.

(14) CAGNAT (René), "Cours d'Epigraphie Latine", cuarta edición. París, 1914. Pág. 63.

(15) RICCI (Serafino), "Epigrafia Latina". Milano. 1898. Pág. 330. Este autor se funda en el "Corpus inscriptionum latinarum" y en la obra de KUBITS-CHEK "Imperiorum romanum tributum descriptum".

(16) RICH (Anthony), "Dictionnaire des Antiquités Romaines et Greques". Trad. del inglés por M. Chevre. París, 1859. Pág. 534.

(17) MARCI VITRUVII POLLIONIS, "De Architectura Libri Decem". Ed. Stereotypa. Leipzig, 1636. VIII, 1.—"Structurarum genera sunt haec: reticulatum, quo nunc omnes utuntur, et antiquum, quod incertum dicitur. Ex his venustius esa reticulatum, sed ad rimas faciendas ideo paratum, quod in omnes partes dissoluta habet cubilia et coagmenta. Incerta vero caementa, alia super alia sedentia inter seque impliata, non speciosam sed firmiorem quam reticulata praestant structuram."

C. PLINI SECUNDI, "Naturalis Historiae". Ed. de Luis Ianus. Leipzig, 1849. XXXVI, 51. "Reticulata structura, qua frequentissime Romae struunt, rimis opportunata est, structuram ad normam, libellam fieri, ad perpendiculum respondere oportet."

(18) Cfs. los diversos textos en SCHULTEN. "F. H. A." T. IV, pág. 340. Publicado por la Universidad de Barcelona. 1937.

(19) Es muy digna de tener en cuenta la noticia que nos dan CAGNAT-CHAPOT ("Manuel d'Archeologie Romaine". París, 1916. T. I, p. 323), de que la gens Cornelia conservaba el uso de la inhumación, y, en cambio, este DIDIO fué sometido a la cremación (cfs. infra).

(20) CAGNAT, Op. cit., pág. 280. Al principio se

limitaban a los nombres en nominativo e inmediatamente en genitivo, sin ninguna palabra ni fórmula que recordase la muerte, ni aun indirectamente. Hace referencia al "Corpus Inscriptionum Latinarum", de HUEBNER, en los núms. II 3.294, 1.586 a 1.593, referentes a España.

(21) CASCALES, Op. cit.

(22) GONZALEZ SIMANCAS, Memoria cit.

(23) MOMMSEN-MARQUARDT, "Manuel des Antiquités Romaines". T. XIV. "La vie privée des Romains", por MARQUARDT, págs. 437 ss.

(24) MARQUARDT, pág. 422. Op. cit. Obsérvese que la Ley de las XII Tablas señala el uso simultáneo de los procedimientos inhumatorio y crematorio: "ne sepelito neve urito".

(25) "Nequis intra fines oppidi coloniaeve, qua aratro circumductum erit, hominem mortuom inferto, neve ibi humato neve urito neve hominis mortui monumentum aedificato."

(26) Eutropio VIII, 5; "(Trajanus) solus omnium intra urbem sepultus est".

(27) Cfs. reproducciones en cualquier Manual y en LUCKENBACH-ADAMI. "L' arte nel mondo antico". Bergamo, 1912. Fig. 549.

(28) CAGNAT-CHAPOT, Op. cit., pág. 23. Pueden verse reproducciones de edificaciones construídas con "reticulata structura" en los grabados números 6, 7, 77, 121 y 170 de la citada obra, siendo de especial interés el 170 (Vía de las tumbas, en Pompeya).

(29) Jules MARTHA, "Manuel d'Archeologie Etrusque et Romaine", pág. 48. Íd. "L' art etrusque"—Las reproducciones de los monumentos citados pueden contemplarse en CAGNAT-CHAPOT (figura 189) y LUCKENBACH-ADAMI (515 y Maus, de Adriano).

(30) WOERMANN, "Historia del Arte". T. I, 495.—CAGNAT-CHAPOT, Op. cit., 357.

(31) MARQUES DE LOZOYA, Op. cit., afirma que el tipo de torre es reminiscencia fenicia.—PIJOAN, "Historia del Arte".

(32) MELIDA, "El arte en España durante la época romana", en Historia de España dirigida por MENENDEZ PIDAL, T. II. Madrid, 1935.—MELIDA, "Arqueología Española", en Manuales Labor. (Cfs. figuras 440 a 443.)

PERICOT, "Historia de España". T. I, 561 y s. Barcelona, 1934. (Figs. en las págs. 560 y ss.)

Las piras funerales de la Albufereta de Alicante

Excavaciones en la necrópolis ibero-púnicas

Por Francisco Figueras

En camino hacia la necrópolis ibero-púnica de la Albufereta de Alicante, tenemos que atravesar la áspera sierra de San Julián.

Las huesas que excavamos, hállanse al borde de una gran charca desecada. Tiempos atrás fué laguna de agua dulce, y siglos antes seguro y cómodo puerto interior, en ei

que anclaron bajeles griegos, cartagineses y romanos. Junto a la barra de arena que hoy lo separa del mar, se extiende la necrópolis, al E. de la marisma.

Hasta la fecha que data este diario llevamos exploradas unas sesenta piras, la tercera parte, en números redondos, de las que

integrarán después el conjunto de nuestra campaña. Al iniciarla, hace meses, nos colocamos al margen de todo prejuicio, pues nos hallamos en presencia de yacimientos de muy complicado carácter arqueológico. En áreas reducidas, épocas distintas, culturas diferentes, variedad de especies desde todos los aspectos. El campo de la necrópolis distaba mucho de sustraerse a tal complicación. Ruinas de obras muy separadas en el tiempo; cimientos penetrando los escombros de construcciones precedentes; mármoles, sillares, esculturas, cerámica, hierros y bronce, cenizas, huesos... Todo en un pequeño espacio limitado por carreteras y marismas y sembrado de hoyos, tierras y ruinas de remociones anteriores.

Lo primero que se necesitaba era planear, dados los elementos que la realidad ponía a nuestra vista, la serie de observaciones que debíamos recoger y registrar cuidadosamente al realizar nuestro trabajo, para ordenar y clasificar más tarde los hechos, midiéndolos y determinándolos del mejor modo asequible a nuestros medios.

A tal efecto, dispusimos el encasillado de nuestro registro general de observaciones. Primeramente había que tomar nota de la topografía de cada fosa: su orientación y emplazamiento concreto en el campo de la necrópolis; el orden de su aparición, caso de descubrirse varias bajo la misma vertical; el estrato en que se hallasen; y, últimamente, su situación relativa respecto a las unidades más próximas. Consignadas las circunstancias topográficas, procedía anotar las peculiares de cada fosa, como espacio destinado a un rito funeral fuera el que fuese y receptáculo conservador de sus huellas. Desde este aspecto, debíamos estudiar la forma y dimensiones del conjunto, a más de las particularidades de sus paredes, cubierta y piso. La tercera serie de datos a registrar en nuestras fichas era la más interesante. Referirse al contenido de las unidades exploradas, anotando con el mayor cuidado lo que conservasen y el modo de estar colocado y repartido.

Todos estos datos se contarían sin duda por docenas de millares, y su acopio habría de exigir atención, cuidado y trabajos extraordinarios. Pero la índole de la empresa obligaba a emplearlos sin tasa para evitar que las conclusiones a obtener resultasen tocadas de un subjetivismo lamentable. Los

datos de referencia, sirviendo de base a multitud de operaciones, de cuya mención hacemos gracia al lector, nos permitirían más tarde estudiar ordenadamente los hechos e interpretar la necrópolis con la austeridad apetecible. Numeradas y descritas las fosas, como asimismo los objetos constitutivos de sus ajuares, unas y otros nos irían diciendo con la elocuencia de sus discrepancias y afinidades, cuántas y cuáles fueran las especies de hogueras que ardiéron en nuestra playa; cuáles se destinaron a incinerar cadáveres y cuáles a ceremonias; las que tuvieron carácter de femeninas, las de varón y las de niños; las de guerreros y, quizá, las de otras profesiones; los misteriosos ritos funerales seguidos en el yacimiento; la cultura de quienes lo llenaron, y el período histórico en que se abrieron y se colmaron las fosas.

* * *

Mas la ejecución del plan, a fuerza de aspirar a vasto y previsor, requería tiempo, bastante tiempo: primero, para acopiar sobre el campo observaciones concretas en cantidad considerable; y luego, para reducir las a tablas de comparación en el gabinete de estudio e inducir consecuencias. Tendremos que excavar aún más de un centenar de piras, y sus cenizas pueden ofrecernos grandes enseñanzas. Hoy, como los precedentes y los que sigan, nos hemos de limitar a descubrir unidades, anotando cuidadosamente todas las circunstancias encasillables en nuestro plan.

El trabajo, en general aburrido y monótono, de cuando en cuando es emocionante y gratísimo. El interés de estos paréntesis, a veces amplios, compensa el tedio de la faena ordinaria. La mayoría de las fosas nada nos dicen o nos dicen poco de lo que se hizo en ellas, como no sea el mero hecho de las cremaciones. Por lo común tampoco nos conservan reliquias de interés y, menos, de valor. Hoyos tras hoyos se suceden bajo la azada sin brindarnos más que huesos y cenizas, o, a lo sumo, tiestos escasos y hierros informes. En aquellos siglos, como en lo nuestros, los pobres eran bastantes más que los ricos. Pero de tiempo en tiempo la excavación cambia de cariz, obsequiándonos con las más gratas sorpresas. Bien es el descubrimiento de una serie de hoyos entre los que abundan los de interés bajo cualquier aspecto; bien la aparición de la pira de un

gran guerrero, de un magnate o de un potentado, en cuyas cenizas llega a nuestras manos el tesoro arqueológico de sus armas y de sus joyas.

En casos semejantes, nuestro entusiasmo crece y damos por bien empleados todos los días o las horas invertidos en remover tierras y escombros sin cosechar nada útil. Mas con el entusiasmo se multiplican también, y casi siempre en proporción mayor, las operaciones a realizar y la atención y esmero con que deben practicarse. Hay que sacarlo todo sin perder el hilo de su emplazamiento en la hoguera y procurando no romper las piezas indemnes que se encuentren. Evacuada la fosa, hay que cribar sus tierras y cenizas en busca de los pequeños objetos, a veces valiosísimos, que pudieron pasar inadvertidos al extraerlas. Y después hay que empaquetarlo todo con la indicación de las circunstancias del hallazgo y el número de la hoguera a que pertenece.

* * *

Las reliquias de la industria y del arte antiguos que vamos desenterrando poco a poco, responden a una muy apreciable variedad de especies y, en ocasiones, también de tipos dentro de ellas: barros cocidos, vidrios policromos, entalles y camafeos, joyas a veces de oro, fusayolas, armas, fíbulas, broches, tallas, esculturas... Lo que más abunda es la cerámica; luego, las armas. A una de las más valiosas y bellas clases de aquella pertenece la magnífica crátera oxibafon con escenas policromadas sobre fondo negro, que descubrimos a poco en el enterramiento número 54, labrada seguramente en el siglo IV precristiano, obra espléndida del ciclo griego. A la fase campaniense corresponden los kilis, pebeteros, platos y otras piezas de barniz negro o de fino barro gris sin barnizar, pues de ambos géneros se encuentran, con estampaciones de estrellas, palmetas, halos y otros adornos parecidos, tipos todos frecuentes en las hogueras y, en algunos, con ejemplares de elegancia y perfección insuperables. Junto a estos vasos y confundidos con ellos, hállanse los de color amarillento rojizo, pasta bien timbrada y bien cocida y decoración geométrica de tonos siena, trabajados ya en nuestros alfares, a diferencia de los anteriores. A veces descubrimos en las mismas fosas los modelos importados y las copias que de ellos se hicieron aquí, con mayor o menor acierto,

por nuestros antiguos y hábiles ceramistas. No terminan con tal especie las de los barros de la necrópolis. Contrastando con los aludidos, encuéntrase otros de arcillas malas, colores vagos y cochura deficiente, que se modelaron con escaso gusto o con carencia absoluta de todo sentido artístico. Son sin duda productos importados por la raza extraña que dominó estas playas. En cuanto a armas, desenterramos con frecuencia preciosas muestras de las temibles falcatas de nuestros abuelos, y con ellas, en proporción menor, soliférreos, lanzas de muy variados tipos y otras formas de clasificación difícil y de muy probable origen exótico. Suelen hallarse éstas en piras donde se incineraron guerreros de cuyo ajuar personal formaban parte pequeños objetos con incrustaciones vítreas, reveladores claros de su procedencia. En igual caso están, respecto a semejante revelación, las cuentas de vidrios policromos de que hemos encontrado muchas bellísimas. Logróse salvar un collar soberbio, el de la hoguera número 33, integrado por medio centenar de aquellas cuentas, algunas tan grandes como huevos de paloma, pródigas en formas y colores, representando caracolas, pájaros, sierpes... Su filiación oriental es evidente.

Carecemos de espacio para reseñar, ni aun a grandes rasgos, las especies restantes del acervo arqueológico reunido. Sin embargo, no podemos guardar silencio sobre una de las más importantes: la relativa a determinadas manifestaciones escultóricas. Una curiosa talla en marfil, imagen del dios egipcio Horus, con su cabeza de gavilán y cuerpo humano, nos habla con elocuencia máxima, como el collar aludido, de la industria y arte orientales, materia característica del comercio púnico. Más interesan aún, por lo tocante a la étnica, los bustos de barro cocido que, ya indemnes, ya fragmentados, aparecen en multitud de fosas. Son representaciones de Tanit, la diosa infernal de los cartagineses, que tomaron éstos de los mitos griegos. Dentro de ciertos límites, obedecen a diversidad de tipos y facturas. Unas muestran espigas y granadas sobre la frente; otras, palomas y discos alusivos tal vez al Sol; en otras se alternan y combinan estos temas. Todos los bustos de referencia, llevan el clásico *kalatos*. Los pequeños orificios que taladran su fondo, deben estar hechos para recibir y sostener flores por el pedúnculo. Se trata del canastillo que lle-

vaba Kora cuando Plutón la arrebató para abismarla en los infiernos.

Nos faltan todavía bastantes meses y muchas observaciones para poder emprender a fondo el estudio del yacimiento. No obstante, como habrá visto el lector, tenemos ya datos más que sobrados para deducir dos conclusiones definitivas. Primera: la necrópolis es anterior a la romanización del territorio. La carencia absoluta de huellas de la cultura latina, en unos hoyos colmados de restos evidentes de civilizaciones precristianas, nos responden de semejante afirmación. Segunda: las gentes que dominaban el lugar cuando ardieron las piras, eran púnicas. Los objetos con que traficaba su comercio y las reliquias de su religión, tan significativos unos como otras, nos responden también de la verdad inferida. Si alguna duda cupiese, los monedas cartaginesas descubiertas en la campaña anterior la alejarían por completo.

Estamos, pues, exhumando los restos de los púnicos que fueron señores y amos del lugar, antes de serlo los romanos. A nuestros pies y a medida que se descubren ustrinos, surgen sus cenizas, sus huesos, sus armas, sus útiles, sus adornos indumentarios y las divinidades misteriosas de su religión. Confundidos con todos estos despojos, salen también, claro está, los imputables a los iberos que vivían entonces sometidos a la gran república o aliados con sus ejércitos. No es fácil ahora, ni lo será en mucho tiempo, fijar la proporción de lo aportado por cada raza. Pero sabemos con certidumbre lo que más nos interesa: que en las hogueras que excavamos fueron reducidos a cenizas cadáveres cartagineses.

* * *

No podemos asegurar que sirvieran esas piras para quemar también hombres vivos, aunque nuestro antecesor en la dirección de las excavaciones, el profesor de Historia señor Lafuente, así lo sospecha, consignándolo en la descripción de sus trabajos de 1931 a 1933. Al reseñar los de 1932, nos dice: "quizá se practicó aquí el sacrificio de los primogénitos para que, atrayendo las iras del dios insaciable, proporcionase a sus familias

el bienestar y la prosperidad". Y al ocuparse de la campaña siguiente, insistiendo en las sospechas de la anterior, aduce un interesante pasaje de Diodoro Sículo. Según este escritor, temiendo los cartagineses que sus derrotas en Sicilia se debieran a la cólera de Moloch, porque compraban niños para sacrificarlos en vez de inmolarse los suyos, cambiaron de conducta a costa de la propia sangre. Fueron entonces muchas familias de la república africana las que entregaron sus hijos para que los inmolasen, colocándolos en las manos del ídolo, que las tenía inclinadas de modo que las víctimas se fueran deslizando a una sima llena de fuego. El profesor aludido nos dice después haber encontrado en la necrópolis hogueras de orientación y planta anormales, que acaso fueran la sima de fuego donde se arrojó a los niños desde un plano inclinado, "y si se hicieron sacrificios de esta forma, agrega, no debieron limitarse a los niños, sino extenderlos a mujeres y soldados prisioneros, porque en estas hogueras irregulares se encuentran sus huesos y objetos, y, como los de los niños, agrupados sin posición determinada, como caído el cuerpo en cualquier forma". Para que sirva de precedente a estudios y comprobaciones posteriores, también hace notar nuestro publicista "que los esqueletos de prisioneros carecían de huesos del cráneo", como si de antemano hubieran sido decapitados.

La excavación del 17 de noviembre toca a su término. Nos disponemos a ordenar notas y hallazgos. Una de las hogueras exploradas llevará el número 61. La fosa es rectangular y su planta mide 1'70 por 0'80 metros, poco más o menos. Su piso aparece endurecido; sobre él, huesos y cenizas. Otros hoyos nos dieron copioso y rico ajuar. En éste, sólo hay un *pondus*. Todas las características que registramos, según pudimos inducir más tarde, nos mueven a pensar en un ustrino de mujer. Otros del mismo género estaban colmados de bellos vasos cerámicos; en éste, no hay ninguno. La fosa es paupérrima y su interés arqueológico muy escaso. Pero, de pronto, un pequeño objeto habido en la tierra próxima, atrae nuestra atención y acaba por conmovernos. Es un vasito achatado a modo de ungüentario o pebetero de un par de centímetros de altura por cinco de diámetro. Lleva el número 253 en el inventario.

Para un observador ajeno a la misión que cumplimos, nada de particular tiene el hallazgo. Para nosotros constituye una revelación. Porque este pebetero, a diferencia de todos los descubiertos, ya sean campanieneses, negros o grises, de factura insuperable, ya imitaciones ibéricas mejor o peor logradas, ofrece dos notas tan nimias al parecer como expresivas en el fondo: el vasito está hecho a mano y no se coció al fuego. Sin duda es un juguete, pero un juguete modelado por el propio niño que jugó con él. Quizá un examen de las huellas digitales (no faltan piezas que las conservan) pudiera llegar a evidenciarlo. La interpretación racional de lo ocurrido, dados los hechos observados, no puede ser más clara. En la hoguera de que hablamos se incineró una mujer misera. Carecía de ajuar, o nadie se cuidó de ofrendárselo. Nadie, a excepción de un niño, tal vez el propio hijo de la incinerada. No disponiendo de otra cosa el oferente, llevó a la pira lo único que tenía: su juguete, su pobre y rudimentario pebetero de barro sin cocer.

Habida cuenta de los resultados que arrojó luego la comparación de los miles de datos obtenidos, según podrá ver el lector en una de las obras que preparamos, la reconstrucción que hoy damos de los hechos dista mucho de ser aventurada. Si no reproduce con exactitud la realidad, responde a ella seguramente de lleno, desde el aspecto que más pudiera interesarnos.

* * *

La necrópolis ibero-cartaginesa de la Albufereta de Alicante, dada la importancia capital del centro militar a que perteneció, no podía menos de ser pródiga en equipos de soldados, ya infantes, ya jinetes. Los hierros y bronceos hallados en sus piras son abundantísimos, si bien llegaron a nosotros en muy deficiente estado de conservación, cuando no destruidos por completo. La hoguera, el tiempo y la humedad del sitio, pues el yacimiento está en la playa, fueron las causas principales de resultado tan sensible. Armas de muy diversos tipos, fíbulas, placas, pasadores, trozos probables de cascos y corazas, aparecieron en multitud de fosas. Algunas de ellas estaban materialmente colmadas de tales restos. Entre los más interesantes figuran los dos magníficos broches de cinturón a que se refiere esta nota. Son los únicos de nuestras excavaciones que se

encontraron en condiciones de identificarse.

Ambos se salvaron a fuerza de cuidado y buena voluntad. Uno de ellos formaba parte de un conglomerado de herrumbre y lodo endurecido, de donde lo sacamos con nuestras propias manos después de estar a punto de arrojarlo todo al vertedero del material inútil. Limpias las piezas hasta el grado que fué posible, pasaron seguidamente a nuestros dibujantes y fotógrafos, obteniéndose expresivos gráficos. Los broches aludidos llevan los números 175 y 176 del Inventario, y proceden de los enterramientos 106 y 63, respectivamente. Cada uno de aquellos consta de dos piezas o placas distintas, cada una de las cuales se compone a su vez de tres láminas unidas entre sí como las hojas de un libro o, mejor aún, como un papel doblado en tres dobleces. Las láminas exteriores, salvo lo que acusen análisis aún no hechos, son de bronce, y la interior, de hierro. La lámina delantera exterior en ambos juegos de placas, presenta curiosísimos dibujos en relieve. La técnica de estos dibujos se estudió mejor en el juego número 176, por ser el menos deteriorado. Tal técnica parece ser la siguiente: Primero se recortaban o *silue-taban* los dibujos con líneas incisas, bastante profundas, tanto, que a veces llegan a acusarse en el alma de hierro o lámina central; luego se vaciaban o rebajaban los espacios libres para que la composición quedase en relieve; y por último, se redondeaban las aristas de las partes salientes constitutivas de los dibujos. Los temas de éstos pueden verse en nuestras láminas, evitándonos así penosas y deficientes explicaciones.

Las placas del juego número 175 tienen una altura de 115 mm. por 132 mm. de ancho y 5 mm. de espesor; las del número 176, 65 mm. por 78 mm. y 8 mm. La fosa 63, de donde se sacó el broche menor, estaba muy destruída por la cimentación de construcciones posteriores. Contenía, además de las placas, armas y otros hierros y bronceos, casi todos de restauración imposible. El ustrino número 106, de donde procede el broche mayor, descubrióse en los estratos inferiores y dió un copiosísimo material, aunque también en pésimo estado de conservación, siendo indudable que el ajuar depositado superaba mucho al que se pudo reconocer: armas, fíbula, fragmento de un casco o caldereta, los broches de cinturón, otros hierros y bronceos y una fusayola.

En la serie de los post-halstáticos del Centro de España, el tipo a que pertenecen nuestros broches corresponde a los siglos I y III antes de Cristo. La mayoría de los objetos habidos en la necrópolis acusan el úl-

timo de estos dos siglos. Hallazgo cierto de restos imputables a la dominación romana, no se registró en ninguna de las 170 piras que exploramos.

Organización castrense de Infantes en el Reino de Valencia de los siglos XVI y XVII

Importancia que tomó en Alicante durante el siglo XVIII

Por Gonzalo Vidal, Presbítero

La creación y organización de un Ejército regular en España data del tiempo de los Reyes Católicos; con ello el ejercicio del derecho recayó de lleno en manos del Monarca; se dió el golpe de gracia a los derechos señoriales, y todos los resortes del Gobierno quedaron a disposición de la Monarquía.

La creación del primer cuerpo de Infantería en el antiguo Reino de Valencia tuvo lugar en 1517, con motivo de encontrarse el emperador Carlos I en Barcelona y conocer que por aquellas costas acababan de cruzar trece galeotas de moros, con dirección a las de Valencia, con pretensiones de desembarcar en ellas, para robar las haciendas y avasallar a sus moradores cristianos.

Inmediatamente, el Emperador ordenó se formasen en todos los pueblos del Reino de Valencia compañías de ciudadanos y de caballeros para contrarrestar la invasión y acción de aquellos piratas.

No hallándose, a la sazón, en Valencia el gobernador del Reino, don Luis Cabanilles, militar encargado de cumplimentar la expresada real disposición, procedieron las ciudades a congregarse voluntarios, formar batallones y nombrar a los jefes que debían mandarlos; no pudiéndose organizar las compañías de a caballo, porque los nobles, que eran los llamados a montarlas, encontrábase ausentes de las poblaciones, huyendo de una amenazadora epidemia que invadía a Valencia y gran parte del Reino.

Los batallones cumplieron su misión ahuyentando a los moros y quedando luego, con

cierto carácter local, para defensa y custodia de sus respectivas comarcas, hasta los primeros días de junio del año 1643, en que el Virrey de Valencia, Duque de Arcos, mediante bando público, ordenaba organizar el Ejército en todo el Reino, y al efecto daba a conocer un Reglamento, que nos da idea perfecta del sistema militar de la época foral.

La milicia valenciana se componía de 8.000 infantes, formando ocho tercios de diez compañías y cada una de cien soldados armados: treinta con picas, cuarenta y cinco con arcabuces y veinticinco con mosquetes; y cada soldado de los que disparaban debía tener veinte balas preparadas y la pólvora y mecha necesaria.

Los 8.000 soldados se repartían, equitativamente, entre todo el Reino, y cuando el cupo de alguna población no era suficiente para formar una compañía, se agrupaban las villas y lugares más próximos.

A Valencia le correspondían 1.400 hombres; a Alicante, 200, y a Castellón, 200. Para los pueblos de Elche, Orihuela, Alcoy, Denia y otros similares, el cupo no llegaba a cien hombres.

Cada tercio era mandado por un Maestre de Campo, el cual proponía, en terna, al Virrey, los capitanes y oficiales de las diez compañías, cuyos nombramientos recaían siempre entre los más nobles, que reunieran las cualidades necesarias y fuesen bien vistos en las poblaciones a que pertenecieran las respectivas compañías.